

# EL COSMOPOLITA

Diez Centavos.

MEXICO, D. F.

Agosto de 1907

## La Vecina del Tercero

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA "EL COSMOPOLITA"

POR

JAVIER SANTILLAN

La familia que ocupa el primero pertenece á la más recalcitrante aristocracia, y con la cual apenas si cambiamos un ceremonioso saludo. Además, como tienen entrada separada, en muchas ocasiones no nos vemos las caras por semanas enteras. Pero con nuestra vecina del tercero es cosa diferente. Aún no se había cambiado á su nueva habitación cuando, un día, la doncella entró á avisarme que una señora que estaba en la sala preguntaba por mí.

El cielo me perdone; pero yo, pensando que era una vieja impertinente, reprendí á la doncella por haberla admitido sin preguntarle su nombre y el objeto de su visita.

Quizá cometí una imprudencia en hablar en voz tan alta; pero el caso es que la desconocida, una mujer de edad mediana, con traje obscuro más bien sencillo que elegante, con una enorme nariz y exagerada rubicundez, vino á mi encuentro en la sala extendiendo su mano con singular efusión.

—Ud. me perdonará a libertad, señora. . . . . Ud. no me conoce y . . . .

—No tengo esa honra; pero sírvase Ud. tomar asiento.

— Soy la nueva inquilina, la arrendataria del tercer piso, la viuda del notable abogado Don Zacarias Plata y Uñaslargas, replicó la intrusa acomodándose en un canapé.

En aquella cómoda postura continuó su discurso expresando el inmenso placer que lo causaba el venir á habitar en compañía de una familia tan respetable como la nuestra; ella, que era sola, viuda y necesitaba protección y amistades. La habitación, en sí, no satisfacía sus deseos: muy poca luz, muy estrecha, con los balcones dando sobre una calle tan pestilente y tan ordinaria; pero que había decidido tomarla tan pronto como supo que nosotros habitábamos el entrepiso. ¡Ya lo creo: una pareja tan

simpática. . . . .! ¡Dos recién casados. . . . .!

—Oh, no, ya tenemos diez años de casados, interrumpí yo.

La señora de Uñaslargas tronó las manos en señal de sorpresa.

—¿Pero es posible eso? ¡Entonces se casaron en la cuna!

Alabanzas tan vacías como esas nos alhagan siempre y disponen nuestro ánimo á la benevolencia. En aquel momento la agitada nariz de mi vecina se me antojaba una nariz perfecta; y en correspondencia á sus finezas pronuncié algunas palabras de alabanza y le ofrecí mis incondicionales servicios para cuando deseara aceptarlos.

La dama era locuaz y me soltó su historia. Antes de casarse con el famoso abogado, había sido la compañera de un capitán don Inocente Borrego y Mirabalas, que siempre había sido el primero en comenzar con el ataque. . . . . de nervios cuando de entrar en campaña se trataba, y que hubiera llegado á general á no haber muerto por el susto que recibió al mirarse al espejo después de una reyerta conyugal.

Aquí la viuda vertió tres lágrimas: una por el valiente militar; otra por el improbo juriconsulto y la tercera por la descendencia que hubiera tenido de éste á no haber tropezado con un serio percance.

Después, levantando á mi sus humedecidos ojos me preguntó:

—¿Y ustedes no han tenido hijos?

A mi contestación negativa agregó:

—Aún tienen bastante tiempo, demasiado; pero yo. . . . .

En seguida me contó de sus viajes. Con sus dos consortes había viajado por las dos terceras partes de la República y su última desgracia había acaecido en Yucatan. Ella habría podido quedarse allí, pues su difunto tenía infinidad de amigos; pero prefirió regresar á la capital de la República, á pesar de que era muy triste

llegar á su ciudad natal y encontrarse con que no le quedaba ni un miembro de la familia.

Después de una hora de aquella lata, la señora de Uñaslargas se marchó á atender sus asuntos, no sin haberme demostrado su pesar por no encontrar á mi esposo.

Este deseo le fué concedido el día en que vino á ocupar su nueva habitación. ¡Pobre viuda desamparada! Era de verla con la única ayuda de una criada vieja y gruñona, subiendo y bajando las escaleras en compañía de los cargadores encargados de la mudanza, y regañando á diestra y siniestra. Hubo un momento en que sus fuerzas parecieron agotarse, y dejándose caer sobre un enorme baúl que provisionalmente se había colocado en el descanso de la escalera, exclamó:

—¡Uf; no puedo más!

Mi esposo que subía las escaleras en aquel momento, y que es un hombre de lo más compasivo, oyó aquella exclamación de cansancio, por lo cual presentándose á sí mismo, invitó á la viuda á descansar en nuestra habitación mientras alguno de nuestros criados se encargaba de dirigir la instalación de sus cachivaches.

La señora Plata y Uñaslargas aceptó el ofrecimiento con entusiasmo y confesó que debido á aquella endiablada mudanza no había probado en todo el día más que una taza de café por la mañana. Como era natural, consideramos una muestra de cortesía el invitarla á nuestra mesa, y en verdad que quedamos complacidos de verla comer con tan incansable apetito.

Hay que confesar que doña Pantaleona Borrego, Mirabalas, Plata, Uñaslargas, etc., etc., mostró desde luego su gratitud. No descansó de prodigarnos las palabras más halagadoras. Nosotros, ángeles del Paraíso, habíamos comprendido al instante la sed de afectos que una mujer como ella, cariñosa, sincera, y tan cruelmente perseguida por el infortunio debía tener. Sí, ella enemiga jurado de toda etiqueta, pocos amigos pero leales, era lo que necesitaba. Jamás podría dar suficientes gracias al cielo por haber encontrado ya el ese tercer piso